

# Franco y Cuba

*Manuel DE LA PAZ-SÁNCHEZ*

*Doctor en Historia de la Universidad de la Laguna, España; Catedrático de  
Universidad en Historia de América de la Universidad de la Laguna.*

El artículo analiza las especiales relaciones entre el régimen revolucionario cubano y la dictadura franquista desde la Revolución Cubana hasta la muerte de Franco en 1974. El antagonismo ideológico no fue obstáculo para que las relaciones hispano-cubanas atravesaran una etapa de intensa cooperación. Las razones hay que buscarlas en la estrecha sintonía personal existente entre Fidel Castro y Francisco Franco, ligada a los orígenes gallegos de ambos dictadores, y en los objetivos de la política franquista hacia América Latina, centrados en obtener un cierto grado de protagonismo internacional. Esta situación confirió una gran autonomía a la diplomacia franquista en América Latina y explica que Franco no cediese a las presiones estadounidenses para bloquear política y económicamente a Cuba.

The article analyses the special relations between the Cuban revolutionary regime and the franquist dictatorship since the Cuban Revolution until Franco's death in 1974. The ideological antagonism wasn't an obstacle for the Hispanic-Cuban relations to go through a phase of intense cooperation. The reasons lays in the close personal understanding between Fidel Castro and Francisco Franco, related to the Galician origins of both dictators, and in the franquist policy's goals towards Latin-America, focused on gaining a certain degree of international prominence. This situation gave a great autonomy to the franquist diplomacy in Latin-America and explains Franco not giving up to the pressure from the United States to block Cuba politically and economically.

<https://doi.org/10.21703/0718-68782011.104>

**Palabras claves:** España, Revolución Cubana, Franquismo.

**Key words:** Spain, Cuban Revolution, Franquism.

Una de las dos únicas referencias directas a Francisco Franco recogida por Hugh Thomas en *Cuba. La lucha por la libertad. 1762-1970*, resulta sintomática de la especial actitud del Generalísimo respecto a los asuntos de Cuba y, en particular, en relación con el proceso revolucionario más relevante del siglo XX en América. Con motivo de la estancia en Europa del capitán Núñez Jiménez, a principios de diciembre de 1959, al objeto de negociar un préstamo de cien millones de dólares, escribe Thomas (1974) que visitó al general Franco, quien, al enterarse que la Revolución se encontraba en dificultades porque Estados Unidos quería ser indemnizado por las expropiaciones, le conjuró varias veces: “No les paguen ni un céntimo, ni un solo céntimo”. Este testimonio, narrado en parecidos términos, ha sido expuesto en otras ocasiones como prueba irrefutable de las simpatías de Franco hacia Cuba y, en cierto modo, hacia la Revolución cubana encabezada por su medio paisano Fidel Castro Ruz.

¿Por qué? Probablemente una de las claves más importantes de este asunto estaría en el trauma finisecular que dividió al ejército español y le desprestigió ante la ciudadanía, con lo que se mostró incapaz de batirse con dignidad en otro proceso singular en la historia reciente de España, el del Protectorado de Marruecos a comienzos de la década de 1920, proceso que dio lugar al segundo gran desastre de nuestra historia contemporánea – después, obviamente, del de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, el Desastre por antonomasia – en Annual y, en general, en la guerra contra las kabilas rifeñas comandadas por Abd el-Krim. Según Espadas Burgos (1988), el aparentemente inútil sacrificio del ejército en ultramar y el abandono en que se sintió durante la guerra y después de la derrota, traumatizaron a toda una generación militar.

Preston (1994) ha llamado la atención, en efecto, sobre el trauma noventayochista y, de hecho, sobre el carácter simbólico que imprimió Franco a aquellos años cruciales en relación con la reescritura de su propia biografía, a pesar de que, en 1898, apenas había cumplido seis años. En *Raza*, una novela y guión cinematográfico que redactó exultante en 1940, Franco revela a través de su heroico personaje principal, José Churruca, las frustraciones de su propia existencia. El argumento describe las peripecias de una familia gallega, fácilmente identificable con la del propio Franco, desde el Desastre de 1898 hasta la Guerra Civil. En el relato ocupa un lugar esencial el papel de la madre, doña Isabel de Andrade, mujer piadosa, llena de bondad y fortaleza interior que tiene que criar y sacar adelante, en la soledad traumática de la

viudez, a tres hijos varones y una hija, lo mismo que su madre, Pilar Bahamonde, abandonada de hecho por el disoluto don Nicolás. Fruto de esta reinención, en el fondo, de sí mismo, Franco hace aparecer al padre del protagonista como un héroe de la Armada, que muere - ¿cómo no? - en la guerra de Cuba.

Como insiste Preston, *Raza* fue sencillamente la “manifestación más radical y autocomplaciente de los incansables esfuerzos de Franco por crear un pasado perfecto”. Tanto esta obra como su diario de guerra de 1922 y, de hecho, los múltiples discursos que pronunció a lo largo de su vida nos muestran a un hombre de psicología compleja que, como es lógico, sus biógrafos han tratado de interpretar recurriendo a la conocida retranca gallega, es decir, al pragmatismo insondable y a la ambigüedad, en tanto que sinónimo de falta de afirmaciones categóricas, de los campesinos y pescadores de su Galicia natal. Bien es verdad que, en cierto modo, podía resultar también una cualidad útil para el ejercicio del poder en un sistema autoritario, pues convenía que nadie supiera – exactamente – lo que se tenía entre manos o lo que se pensaba hacer realmente. El enigma de Franco es también, de alguna manera, el enigma del ejercicio absoluto del poder durante toda una vida.

No sé si Preston supo captar, en este sentido, la sutileza de un texto fundamental, *Mis conversaciones privadas con Franco* (1976), una colección de notas diarias escrita por su primo y fiel ayudante de campo, el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo. Síntesis de una larga existencia en la más estrecha cercanía del poder, *Pacón* presenta – según Preston – a un “Franco que daba órdenes, volvía a contar su versión de los acontecimientos o explicaba que el mundo estaba amenazado por la masonería y el comunismo. Pacón nunca vio a Franco abierto al diálogo provechoso, ni que albergase dudas constructivas sobre sí mismo”. Pero esto tiene su explicación. Una frase del almirante Nieto Antúnez, otro íntimo del Caudillo, resume quizás mejor que ninguna otra la personalidad profunda de Franco. Como subraya el propio Preston, pasaban largas jornadas juntos, por ejemplo, a bordo del *Azor* y, cuando le preguntaron al almirante y ministro de qué hablaban en esos largos días de navegación por el litoral español, respondió: “Nunca he mantenido un diálogo con el general. He escuchado monólogos suyos muy largos, pero no hablaba conmigo, sino consigo mismo”. ¿Para qué y con quién, si no, iba a hablar un hombre que se creía predestinado por el Eterno para cumplir la sagrada misión de salvar a España de los errores del pasado y de consagrar un régimen que fuera la culminación y, por lo tanto, el fin último de su propio devenir histórico?

Sea, pues, por el trauma finisecular, por simpatías de cercanía cultural o espiritual y, quizás, por pragmatismo de raíz sueva, lo cierto es que Franco, de manera directa y personal, y, consecuentemente, sus gobiernos demostraron una actitud singularmente solidaria con Cuba, al margen del régimen político que gobernase en la Gran Antilla, y que ni siquiera una de las mayores crisis diplomáticas del siglo XX entre ambos países – la que desembocó en la expulsión inmediata del embajador Juan Pablo de Lojendio e Irure, en enero de 1960 – pudo conducir a la ruptura entre ambos países. En mi opinión, existe desde luego un conjunto de aspectos prácticos en relación con el proceso revolucionario propiamente dicho, que trataré de resumir.

En efecto, como he señalado en otra ocasión (De Paz, 2001), los rectores de la política exterior del régimen de Franco interpretaron siempre sus vínculos con Cuba como una antigua cuestión de familia, y trataron de evitar que cualquier contingencia política pudiera ensombrecerlos. Existían – aparte, claro está, del “capricho” de los gobernantes y de las ucronías imperiales – algunas razones poderosas, entre otras, que había que evitar a cualquier precio que pudiera repetirse en otros países de Hispanoamérica el caso de Méjico, por eso España trataba de mantener buenas relaciones con todas las repúblicas hispanoamericanas, desde aquellas que sufrían terribles dictaduras -- como la República Dominicana, Paraguay o Nicaragua --, hasta las que intentaban consolidar alternativas más o menos democráticas. Tenía que ser bastante difícil, para un régimen como el español, aceptar no sólo el peso histórico de la derrota de 1898 a manos de Estados Unidos, por no mencionar la victoria aliada frente a sus amigos del Eje durante la II Guerra Mundial, para encima verse obligado a ceder, al menos fácilmente, a las exigencias norteamericanas en relación con Cuba.

España, por lo tanto, parece que entendió la consolidación del marxismo en la Gran Antilla como una intromisión de la Unión Soviética en el mundo occidental de la que Cuba venía a ser, en el fondo, una simple víctima que, además, pudo haber optado por el comunismo como una “solución equívoca”, y verse abocada a ello por los errores y los intereses desmedidos de Estados Unidos. La existencia de un espacio comercial para los productos industriales españoles – más difíciles de colocar en otros mercados, tal como insinuaron importantes dirigentes económicos del régimen y diplomáticos como Sánchez Bella –, y la posibilidad de mantener las comunicaciones con España al objeto de arbitrar una válvula de escape a los ciudadanos hispano-cubanos que querían huir de las “garras del marxismo”, entre otros factores,

fueron argumentos de orden secundario, pese a su indudable importancia, ya que después del éxodo de muchos españoles que, incluso, se refugiaron y gozaron de protección y ayuda en Estados Unidos, y, desde luego, tras la expulsión masiva del clero católico tales premisas dejaron de ser operativas. Primaron, pues, en todo caso, los intereses de la política exterior española, concebidos en términos de respeto hacia la dinámica interna de los países iberoamericanos, lo que sin duda le reportó al régimen de Franco cierto prestigio entre la Comunidad hispanoamericana que observó, con íntima satisfacción, esta especie de hidalga rebeldía contra el poderoso guardián del Hemisferio y del titulado “mundo libre”.

Ahora bien, aparte de la alta política, se intuye la predilección personal de Franco o, cuando menos, su especial preocupación por los asuntos de Cuba. Además de su respuesta a Núñez Jiménez, antes mencionada, en los índices de nombres de sus *Conversaciones* con su primo Francisco Franco Salgado-Araujo, Fidel Castro posee 12 entradas, solamente tres menos que Charles De Gaulle, que tiene 15. Hasán II de Marruecos, solamente figura con 5. Entre los gobernantes hispanoamericanos, únicamente le superaba en referencias Juan Domingo Perón. Fulgencio Batista no consigue más de 4 entradas y otros colegas dictadores como Leónidas Trujillo – que incluso visitó España –, Strossner de Paraguay, Somoza o Pérez Jiménez, ni siquiera aparecen mencionados. A Eisenhower, que significó la apertura de España al reconocimiento diplomático y el compromiso de las bases militares norteamericanas, le menciona 5 veces y a JFK, el protagonista occidental de la crisis de los misiles, le cita 9 veces. Evidentemente no se trata de una estadística demasiado útil ni, tal vez, excesivamente fiable, pero puede ser un indicio del interés personal de Franco por la Cuba revolucionaria que, evidentemente, encarnó Fidel Castro desde el primer instante de la insurrección.

### **Los curas “falangistas” y la pasión cubana de Francisco Franco**

La historia de Franco o, mejor dicho, la relación de Franco con Cuba antes y después del triunfo revolucionario es, por decirlo así, una especie de historia de amor o, cuando menos, una amistad atípica, y ello a pesar de los desencuentros ideológicos que se perciben en algunas de sus manifestaciones, especialmente en el ámbito de su círculo más íntimo. En algún momento, en sus *Conversaciones* con Pacón, llega a referirse a la “gesta del presidente Castro” (18-04-1959), en alusión al triunfo revolucionario, pero, desde luego, resultan mucho más reveladoras sus

aseveraciones en relación con la crisis que se saldó con la expulsión del embajador español Juan Pablo de Lojendio, tal como confesó a su primo el 23 de enero de 1960, al enjuiciar la actitud del diplomático que interrumpió la intervención televisada de Fidel Castro:

Yo creo que actuó en forma poco diplomática, pues pudo desmentir las afirmaciones de Fidel Castro sin necesidad de presentarse en el estudio de televisión a protestar y querer allí refutar las calumnias que Castro había lanzado contra su país. España y su régimen han sido vejados muchas veces en todos los países, y, sin embargo, nuestros embajadores no han protestado. Lo que ahora ha sucedido es que el insulto y la calumnia fueron personales e hirieron el amor propio de Lojendio (...).

El acto de Lojendio puede significar que el presidente Castro, que está en plan comunista, no sólo rompa sus relaciones con España, sino que reconozca al gobierno rojo en el exilio, lo que redundaría en perjuicio de la gran colonia española que allí reside y de nuestras relaciones comerciales, que son bastante intensas con dicha nación. Hoy se publica una nota de Asuntos Exteriores en la que se afirma que nuestra política exterior tiene por principio el no meterse en asuntos internos de otros países.

También se refirió Franco a la visita que, el 7 de enero de 1960, habían realizado a la Embajada en La Habana numerosos representantes españoles de las órdenes religiosas radicadas en Cuba, al objeto de cumplimentar a Lojendio:

Esta visita fue hecha para contrarrestar la labor que está realizando un sacerdote vasco<sup>1</sup> que se dedicaba a combatir al régimen español y al Movimiento Nacional, diciendo que no todos los obispos firmaron el documento de los metropolitanos durante la Cruzada, pues el suyo no lo firmó. También afirma que con el Movimiento no estaban todos los católicos ni todos los sacerdotes. Este sacerdote vasco no

---

<sup>1</sup> Iñaki de Azpiazu (o Aspiazu).

pudo hablar en Brasil, pues no se lo permitieron, pero sí en La Habana, y por ello las representaciones de las órdenes religiosas cumplimentaron a Lojendio y se pronunciaron los discursos de que habla la prensa.

Poco después (4-02-1960), volvió a ocuparse del tema de Lojendio y de las repercusiones de su actuación en La Habana<sup>2</sup>, al aludir a las críticas que sobre la conducta del embajador había publicado el semanario *Bohemia*:

Es verdad que se jugó la vida, pero comprometió los intereses españoles que tenía la obligación de defender. Ello puede significar también, aparte de lo que te dije el otro día, la expulsión de las comunidades religiosas de origen español.

En efecto, las expulsiones de los curas y monjas españoles - muchos de ellos prestaban, antes como hoy, grandes servicios sociales a la comunidad - se produjeron, en proporciones ciertamente alarmantes en relación con el servicio espiritual que, en principio, estaba llamada a realizar la Iglesia católica en Cuba. Actualmente, es decir, de acuerdo con datos estadísticos de febrero de 2004<sup>3</sup>, el personal, tanto masculino como femenino, que ejerce su labor pastoral y social en el país apenas alcanza la cifra de 1.079 personas, lo que contrasta vivamente con el censo provisional de 1960, que ascendía a 25 órdenes y congregaciones religiosas femeninas con 1.086 miembros, y 19 masculinas con 687 integrantes, entre los que se incluía al clero secular. La presencia de españoles, como es lógico, se ha reducido drásticamente, ya que actualmente no pasan de los 193 efectivos, aunque son el sector eclesial extranjero con más representantes, superado únicamente por el clero nativo (475 efectivos).

---

<sup>2</sup> En relación con un artículo laudatorio a la actuación de Lojendio, del Diario de la Marina en el exilio, refiere también Francisco Franco Salgado-Araujo, que Franco le comentó (20-02-1961): “Un embajador acreditado ante un jefe de Estado no debe reaccionar nunca con actitudes de extrema violencia, sin contar previamente con el gobierno al que representa”.

<sup>3</sup> Cf. Obtenido el día 18 de octubre de 2006 desde <http://www.nacub.org/nacub/personal.htm>.



Castrismo y cristianismo – rivales por perseguir una misma meta según Philippe Létrilliart (2005) – protagonizaron un duro enfrentamiento durante aquellos años de creciente radicalización revolucionaria. El 4 de diciembre de 1960 el episcopado cubano dirigió un memorial de agravios a Fidel Castro y, a lo largo de 1961 sobre todo, el máximo dirigente revolucionario aludió, en diversas ocasiones, a los curas falangistas y fascistas que tendrían que marcharse del país, al menos que quisieran cortar caña, al tiempo que la masa que escuchaba atenta sus discursos, respondía a ritmo de son cubano con exclamaciones que, en ocasiones<sup>4</sup>, tuvieron que ser acalladas con las notas del himno de las Milicias Nacionales Revolucionarias:

*¡Fidel, Fidel, que los curas corten caña  
Y, si no quieren cortarla,  
Que se vayan para España.*

Las pautas de la “descristianización” cubana apuntan hacia el modelo que ya en 1967 explicitó, en las páginas de *Razón y Fe* y en términos jurídicos, el jesuita Carlos Corral, incluyendo a Cuba entre los sistemas de “separación hostil de Iglesia y Estado”, si bien consideraba que este país, de antigua tradición laica, no poseía en su Constitución los “preceptos que enuncien y aún tutelen la libertad de propaganda atea y antirreligiosa” que constaban, por ejemplo, en la Carta Magna de la URSS. –

La Iglesia católica, en mi opinión, se encontró de repente con una revolución que, frente a las expectativas populistas originales, avanzaba hacia el marxismo-leninismo a pasos agigantados y frente a la cual, como es lógico, la única alternativa posible fue la protesta inicial ante el laicismo galopante que, desde enero de 1959, invadió por inspiración inicial del Directorio Revolucionario a la sociedad cubana y la enfrentó a la educación religiosa en todos sus niveles. El tacto de seda de la Jerarquía católica se mostró ineficaz para contener la irreligiosidad institucional y

---

<sup>4</sup> Cf. Versión taquigráfica del discurso de Fidel Castro en la clausura de la I Plenaria Estudiantil de Jóvenes Rebeldes -Teatro Payret- (27 de marzo de 1961). En <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>.

de ahí que se potenciara, desde la propia Jerarquía y la *intelligentsia* católica, la defensa de la caridad y de la fe como símbolos también de la identidad cubana, y que se experimentase una profunda frustración por el agravio al que fue sometida una Institución que había contribuido, gracias a la labor moral y material de muchos de sus integrantes, a la victoria revolucionaria, y que además había realizado su misión pastoral, en campo rebelde, con las bendiciones de ilustres prelados como el arzobispo Enrique Pérez Serantes o el superior de los paúles en Santiago de Cuba, Lorenzo Jaureguizar.

Dos elementos ayudan a comprender el problema de la Iglesia Católica en Cuba, de un lado la debilidad estructural del clero que, como se ha podido constatar, se mostraba más que insuficiente - y de hecho siempre había sido así - para atender las necesidades espirituales del pueblo y que, de modo tradicional, había concentrado su esfuerzo en la educación de las clases dirigentes y en realizar una precaria labor evangélica sobre todo en los centros urbanos, pero cuyo déficit en recursos materiales y humanos había impedido, históricamente, que la religión católica calase con rotundidad en las capas populares, en cuyo seno pervivían además cultos ancestrales como la santería y otras prácticas comúnmente denominadas sincréticas, que hundían sus raíces en las creencias africanas de la negritud. En segundo lugar, la presencia en Cuba de un abundante clero foráneo, tanto regular como secular, especialmente de procedencia española, hizo más fácil acusarlo ante las masas de vinculaciones fascistas y contrarrevolucionarias, especialmente a raíz de la celebración de actos como el de la reunión en la Embajada de España a principios de enero de 1960, cuya buena voluntad españolista corre pareja con su sentido de la inoportunidad diplomática. Ni existió, por otra parte, posibilidad alguna de erigir en Cuba una suerte de Iglesia nacional, desvinculada de los votos romanos, ni, desde luego, la implicación de la Iglesia Católica con la contrarrevolución organizada interior y exterior fue significativa, al contrario de lo que han pretendido insinuar algunos estudiosos, pues en ambos casos los ejemplos son mínimos y, en cuanto a la colaboración con los alzados y con los invasores del 17 de abril de 1961, puede decirse además que, aparte de poco representativa, esta colaboración no estuvo ligada en ningún momento a los designios institucionales de la Jerarquía, y no puede compararse en absoluto con el apoyo prestado por grandes sectores del catolicismo cubano al propio proceso revolucionario a partir de 1957.

Ahora bien, la pasión cubana de Francisco Franco se percibe, también, en otros momentos de sus *Conversaciones* con su primo, como, por ejemplo, el 11 de junio de 1960, cuando ya han sido expropiados – desde el 4 de abril – los latifundios de la United Fruit por el INRA y, desde el 13 de mayo, ha dejado de publicarse el emblemático *Diario de la Marina*, bastión de la democracia cristiana en la Perla de las Antillas. Ese día, Franco dedicó uno de sus largos párrafos a la situación de Cuba, subrayó que no creía que, por causa de la crisis con Estados Unidos, estallara la guerra general, pero que, en su opinión, Fidel Castro no se hubiese atrevido a hostilizar a Estados Unidos si no estuviera bien respaldado por Rusia. Subrayó, además, que el primer mandatario cubano no controlaba las dos fuerzas esenciales del poder, es decir, la economía y el ejército, ya que éste estaba en manos de su hermano Raúl y aquélla en las de Ernesto Guevara – quien, por cierto, no hacía mucho tiempo que había visitado de paso la capital de España, se paseó con su uniforme militar y su pose de eterno guerrillero por la Ciudad Universitaria y se le abrieron, a pesar de ser festivo, unos grandes almacenes para realizar algunas compras –, “sin controlar estas fuerzas – añadía también Franco – no es fácil dirigir la política internacional de su país y se verá dominado por esos dos mandamás”.

Sin embargo, es el resto de su alegato el que nos interesa destacar aquí, pues, con el telón de fondo de la amenaza soviética, reflexiona tanto sobre la equívoca actuación de Estados Unidos como sobre las condiciones de la Cuba de Batista que justificaron el malestar social y el triunfo de la Revolución:

Norteamérica no puede, como muchos creen, hostilizar abiertamente a Cuba, ya que tiene que mantener la base naval de Guantánamo y no puede correr el peligro de que otros países americanos se solidaricen con Cuba. Estoy convencido de que una vez más a los americanos les ha fallado el servicio de información, pues demostraron estar muy despistados sobre las intenciones y manera de pensar de los fidelistas y sobre la verdadera política del ex presidente Batista. En la época de éste había en La Habana un lujo enorme. Los barrios burgueses llamaban la atención por lo suntuoso y el despilfarro en todas las manifestaciones del bienestar. Ello era contemplado por las clases humildes de la capital y comentado por todo el país con gran indignación, dado el contraste de la mísera vida de éstas, especialmente en la zona oriental de la isla. A Fidel le fue fácil hacer propaganda en el pueblo

y vencer militarmente a Batista, que ya había perdido su popularidad. Los americanos hubieran debido ver estas cosas y tomar una decisión enérgica a favor de los fidelistas, y no con medias tintas y recelos, por no estar enterados de lo que sucedía en Cuba. Rusia, en cambio, con sus agentes atizando el fuego del descontento y con el objetivo fijo de ganarse las simpatías de las clases populares cubanas, se introdujo.

Ya a finales de año, el 26 de noviembre de 1960, consideró un error de Fidel Castro su apuesta por el comunismo, convencido por lo que parece de que aquello no tenía marcha atrás, y mencionó la existencia de “guerrillas” que se oponían a las fuerzas revolucionarias, al tiempo que dudaba de que Rusia le prestase una ayuda “decisiva y completa” en caso necesario.

### **Franco frente al bloqueo**

En febrero de 1962, un grupo del exilio cubano, el autotitulado *Ejército Libertador de Cuba* se dirigió desde Miami a la Embajada de España en Washington para que hiciese llegar a Madrid el programa de esta organización anticastrista, ya que consideraba a España “cabeza de la Hispanidad”. En dos cartas que fueron remitidas a la delegación diplomática se ponían de relieve los graves perjuicios causados a las relaciones entre España y Cuba, tras el triunfo revolucionario, y se destacaban, entre otros factores, los quebrantos sufridos por los intercambios comerciales, los daños producidos a la otrora relevante colonia española de Cuba, la persecución que experimentaban muchos españoles residentes en la Isla, así como los peligros para los intereses españoles del expansionismo castrista en Hispanoamérica y, en suma, la estancia privilegiada en Cuba de enemigos del régimen de Franco, aunque el Ministerio español de Exteriores parece que no le concedió demasiada importancia al material recibido:

Como debe ser bien sabido por el Gobierno de su País, la Cuba roja títere de Castro está además siendo usada como lugar de concentración y movilización de todos los enemigos de España (los inmorales y traidores rojos españoles vendidos a Rusia) para planificar y concertar planes agresivos y subversivos en la España-Nacional que salvó la figura y visión del General Francisco Franco. La presencia en Cuba de los siniestros Lister,

Bayo, La Pasionaria, etc., etc., evidencian esta denuncia<sup>5</sup>.

Según Suárez Fernández (1987), la negativa española a cerrar su representación diplomática en La Habana acabó convirtiéndose, “por una extraña paradoja, en una especie de acto de buena voluntad hacia el castrismo”. El 20 de septiembre de 1962, el ministro español de Exteriores Castiella ordenó al nuevo embajador español en Washington, Antonio Garrigues, que explicase claramente al Departamento de Estado que España estaba decidida a mantener sus relaciones con Cuba, básicamente por dos razones, por principios humanitarios, ya que era una vía de escape para aquellos cubanos que tenían parientes en España “en donde podían comprar pasajes pagándolos en pesetas”, y, en segundo término, porque la relación comercial tenía un carácter prácticamente simbólico, dado que no superaba el millón de dólares anuales y no podía considerarse como aportación de material estratégico.

Apunta también Suárez Fernández que, a finales de aquel año, el diplomático español Jorge Taberna fue convocado por el jefe de protocolo del Ministerio cubano de Exteriores, Antonio Carrillo, al objeto de discutir el mantenimiento de las comunicaciones aéreas y marítimas entre Cuba y España. Se trataba de un “gesto cordial, lleno de significado”, pues Carrillo argumentó que el gobierno revolucionario “no estaba interesado en intervenir en los asuntos internos de España”. Jorge Taberna consultó el asunto con Caldevilla y ambos estuvieron de acuerdo en que debía escribirse a Castiella “recomendándole que aceptara las buenas disposiciones”, ya que los españoles que quedaban en la Isla y numerosos cubanos confiaban en los oficios del gobierno español, y “en aquella delgada línea para escapar de un país que se estaba sometiendo a una cerrada dictadura marxista”. Fruto de las subsecuentes negociaciones fue, por ejemplo, la liberación de las cárceles cubanas, en junio de

---

<sup>5</sup> Comunicación de Ángel Sagaz a Pedro Salvador, Madrid (9 de marzo de 1962). Adjuntando cartas de la organización Ejército Libertador de Cuba al embajador de España en Washington, Miami, 16-02-1962, así como un resumen de sus “Principios”. Las dos cartas aparecen firmadas por José López Legón, que figuraba como jefe del estado mayor general y Mario A. Dolz, secretario general, mientras que la declaración de principios aparece firmada por el secretario de organización y divulgación, Luis Gómez (AMAE, R 6890-27).

1964, de diecisiete españoles que cumplían condena, acusados de participar en actividades contrarias a la Revolución. Además, a principios ya de 1965, se firmaron acuerdos comerciales por una cantidad no inferior a los once millones de dólares, y se ratificó, a comienzos del siguiente año, la prórroga del “modus vivendi” entre ambos países. “Los grupos anticastristas y la CIA criticaron ásperamente esta política española: se liberaban prisioneros pero se financiaba la revolución”. Sin embargo, las negociaciones comerciales entre España y Cuba, como luego apuntaremos, conocieron altibajos durante estos años de mediados de la década de 1960.

Franco fue duramente criticado por el exilio cubano por su obstinación en mantener, a cualquier precio, las relaciones comerciales con la Cuba de Fidel Castro, saltándose las restricciones impuestas por Estados Unidos, y ello a pesar de los compromisos que, en política internacional y militar, tenía contraídos con la primera potencia occidental. Francisco Franco Salgado-Araujo se lo comentó, por ejemplo, el 21 de enero de 1965, subrayando que, según se decía en tales medios, esos intercambios favorecían “al régimen comunista de este dictador”. Franco insistió en la necesidad de no desamparar a las muchas familias españolas y sus descendientes que aún vivían en la Isla, consideró que “si en Cuba faltan nuestros barcos, las consecuencias las pagarían dichos compatriotas”, y añadió:

Esta situación cubana es una realidad que hay que mirar fríamente, sin pensar en forma romántica. Todo el mundo sabe que el gobierno de España es abiertamente anticomunista y que nosotros, si comerciamos con Cuba, no es por favorecer a esta nación y sí a nuestros compatriotas que allí viven, y que no deseamos que se mueran de hambre. Hay que vivir la realidad y nuestra corrección con Cuba es una de ellas, aun cuando moleste, y lo lamento mucho, a los cubanos exiliados en Miami y otros sitios, a quienes deseo que puedan regresar pronto a su Patria.

Apenas un mes más tarde, el 15 de febrero, el tema volvió a ser objeto de las reflexiones del Caudillo. Su primo le confesó que había vuelto a recibir protestas de los exiliados cubanos de Miami contra la política comercial de Franco respecto a Cuba. Además, le habían enviado periódicos en los que se afirmaba que Fidel Castro tenía en la Gran Antilla como “instructores de espías, guerrilleros y perturbadores de todas clases, a esbirros como Vayo y Líster, que combatieron a la España actual con las armas en la mano, y hoy siguen combatiéndola con la intriga”, argumento que

volvió a reiterarse, por lo que parece, con cierta frecuencia. Asimismo, el régimen revolucionario recibía a “la Pasionaria con los más altos honores y mantiene en Cuba como huésped distinguido al secretario general del Partido Comunista español, Santiago Carrillo, quien comparece en programas de televisión y radio para denostar al régimen español y a Franco”. La respuesta del Generalísimo, aunque no ahorró críticas al régimen revolucionario, demostró firmeza respecto a la necesidad de sostener los vínculos con Cuba:

Los cubanos que están en el exilio no tienen en cuenta que hay muchos españoles que se ven obligados por diferentes razones a permanecer en Cuba; y que incluso hay una enormidad de compatriotas de los exiliados que necesitan que España les ayude y defienda. Cumplimos con esa obligación moral y hacemos cuanto podemos; sin ese pequeño comercio no podríamos hacer nada. Hoy se nos escucha y estudian nuestras reclamaciones, lo que beneficia a los que no tuvieron la suerte de poder salir de aquel infierno. Las cosas no se pueden mirar tan egoístamente; si tienen importancia los que luchan en el exilio por la independencia de su Patria, a mi juicio la tienen más los que en la Cuba mártir tienen que sufrir la tiranía de un gobierno implacable que no cesa de hostilizarles de diversos modos. No rompiendo con ellos, se nos escucha, y en muchas ocasiones hemos conseguido la salida de españoles y cubanos, lo que no hubiera sido factible con nuestra retirada de aquel país.

Es curioso que el bloqueo económico y financiero decretado por Estados Unidos contra Cuba fuera cuestionado con tanto ahínco por el Jefe del Estado de una dictadura militar como la española, máxime porque dicho régimen estaría en cierto modo, como sostienen autores como Ángel Viñas, “en las garras del águila americana”, tesis que puede ser discutida en cuanto a aspectos concretos de las relaciones con América Latina y, también, con varios países del mundo árabe, al menos desde el perfil de un servicio exterior completamente sometido a los designios hegemónicos de Estados Unidos.

Los argumentos personales de Franco para mantener los contactos con Cuba – cuya esencia está basada, sin duda, en el profundo pragmatismo que caracterizó buena parte de la actuación diplomática del régimen, que supo contar casi siempre con buenos ministros y con excelentes equipos en el Palacio de Santa Cruz --, apenas

cambian, pero es evidente que cuatro cargueros de mediano porte poco podían hacer por aliviar la situación económica de españoles y cubanos residentes en el territorio. Franco arguye también, como acabamos de ver, la necesidad de contar con una vía de contacto y de diálogo permanente con la Isla doblemente aislada, y, en cierto modo, es natural que un gallego como él sintiera esta predilección por Cuba, pues, durante la etapa de la emigración en masa, la Galicia rural y litoral había encontrado allí, o lo había intentado cuando menos, su paraíso terrenal.

No debemos olvidar, por otra parte, las raíces gallegas de Fidel Castro. Según destacó Carlos Franqui (1988), su padre Ángel Castro llegó a Cuba, como soldado, procedente de Láncara (Lugo), donde había nacido el 6 de diciembre de 1875. Escaló, sucesivamente, los empleos habituales de todo trasterrado pobre y con suerte, y acabó de terrateniente en Birán (Mayarí), en cuya finca Manacas nació Fidel Castro, el 13 de agosto de 1926.

No se ha prestado la atención suficiente, ni por los biógrafos de Fidel Castro ni, desde luego, tampoco por los de Franco, a esta relación remota entre dos españoles originarios de Galicia - en la medida en que Fidel Castro era también hijo de gallego -, que no pudieron conocerse personalmente, pero que, como gobernantes, se mencionaron frecuentemente el uno al otro. Desde luego, se trataba de una relación difícil de dejar atrás, especialmente porque, en el fondo, parece que tampoco se deseaba hacerlo.

En noviembre de 1962, el embajador de España en Naciones Unidas, José Félix Lequerica Erquiza, se refirió al influyente Sokolsky -- un analista internacional independiente que, en aquellas fechas, se mostraba muy favorable a las tesis de Kennedy en relación con la crisis de octubre --, que había tratado de explicar la hostilidad de Fidel Castro hacia Estados Unidos debido a sus orígenes españoles. Según señaló Lequerica, “dice que *Castro fue educado por un padre español que, como es sabido, había participado en la guerra hispano-norteamericana y nunca olvidó la derrota*”, aunque, como subrayó el representante español en la ONU, “lo ordinario en Norteamérica es omitir el elemento español en cualquier explicación hispanoamericana” y, por eso, la reflexión de Sokolsky le pareció aún más singular, ya que los estadounidenses habían inventado incluso el término *latino* para sustituir al “español de América” y tratar de monopolizar así hasta el propio nombre del



Continente descubierto por Colón<sup>6</sup>. Al alto cargo de Exteriores, en Madrid, que destacó marginalmente con grueso trazo las observaciones del periodista yanqui transcritas en el despacho del representante en la ONU, tal vez no le extrañó tanto la alusión al españolismo biológico y psicológico de Fidel Castro. *Chassez le naturel, il revient au galop*, concluía un resignado Lequerica.

A nivel personal – ha escrito Joaquín Roy (1999) –, Castro raramente expresó admiración por Franco, pero, cuando lo hacía, reconocía la firmeza del dictador español ante los norteamericanos. “Aparentemente ambos líderes compartían una simpatía mutua que trascendía la política”. En una entrevista a un rotativo español, en enero de 1985, Fidel Castro había declarado: “Franco no se portó mal, hay que reconocerlo. Pese a las presiones que tuvo, no rompió las relaciones diplomáticas y comerciales con nosotros. No tocar a Cuba fue su frase terminante. El gallego supo habérselas. Que se portó bien, caramba”. En esta misma línea, el diplomático estadounidense Robert White comunicó a Roy la reacción de Fidel Castro, en 1984, ante un comentario “poco amable” sobre Franco. El líder cubano respondió que se podía criticar al “viejo gallego”, pero lo cierto era que había contribuido a la supervivencia de Cuba en los momentos más difíciles del embargo. Admitía cierta admiración – según matizó White – por el “viejo zorro”, y, “entre gallegos” no permitió que la ideología se mezclara con la conveniencia política. Según fuentes diplomáticas de entero crédito no reveladas por Joaquín Roy, Franco sentía una especial fascinación, aparte de Fidel Castro, también por Mao Zedong y Chou en-Lai. Los tres, subraya el autor mencionado, “compartían un alto grado de maestría en el arte militar de la guerrilla, una invención española en la guerra contra Napoleón, y una experiencia traumática para los militares españoles en Cuba y para el dictador español en sus primeros destinos en Marruecos”.

En una entrevista reciente (Ramonet, 2006), Fidel Castro mencionó, precisamente, el desastre de la flota de Cervera en Santiago de Cuba -- en 1898 --, como uno de los elementos que configurarían la especial sensibilidad de Franco

---

<sup>6</sup> Mensaje 70 estrictamente confidencial de Lequerica, Nueva York, 21-11-1962 (AMAE, R 6900-18). Las cursivas son del original.

hacia la Reina de las Antillas. “Aquello fue un trauma muy grande, lo de Cuba fue un enorme trauma para los militares españoles”. Añadió, también, frases elogiosas respecto a la actitud de Franco de no ceder a las presiones de Estados Unidos para sumarse al bloqueo impuesto a Cuba. “Fue una actitud meritoria que merece nuestro respeto e incluso merece, en ese punto, nuestro agradecimiento. No quiso ceder a la presión norteamericana. Actuó con testarudez gallega. No rompió relaciones con Cuba. Su actitud fue firmísima”. No escatimó, por otra parte, alguna que otra alusión a la honradez del personaje: “Ahora, no oí decir que Franco se apoderara de tanto dinero como se han apoderado otros. Eran ricos los que lo apoyaban, pero, al parecer, era una administración menos corrupta”. No le pareció, concluye Fidel Castro, un “hombre de complejos, a pesar de que era bajito, y no por cuestión de estatura ni nada; en todo caso es estatura moral y estatura política”, afirmó.

## Bibliografía

Burgos, Elizabeth (2004). Serge Raffy, *Castro l' infidèle*, Paris, Fayard, 2003, pp.672, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Número 4 - 2004, mis en ligne le 7 février 2005. Extraído el 5 noviembre de 2006 desde <http://nuevomundo.revues.org/document341.html>.

Espadas Burgos, Manuel (1988). El factor ultramarino en la formación de la mentalidad militar española, *Estudios de Historia Social* N° 44/47 (pp. 322-325).

Franco Salgado-araujo, Francisco (1976). *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona: Editorial Planeta.

Franqui, Carlos (1988). *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*. Barcelona: Editorial Planeta.

Létrilliart, Philippe (2005). *Cuba, l'Église et la Révolution*, L'Harmatan. París.

Paz-sánchez, Manuel de (2001). *Zona de Guerra. España y la Revolución Cubana (1960-1962)*. CCPC, Taller de Historia. Santa Cruz de Tenerife.

Preston, Paul (1994). *Franco. "Caudillo de España"*, Grijalbo-Mondadori (pp.15-17,19). Barcelona.

Ramonet, Ignacio (2006). *Fidel Castro, biografía a dos voces*. Barcelona: Debate.

Roy, Joaquín (1999). *La siempre fiel. Un siglo de relaciones hispano-cubanas (1898-1998)*. Madrid: IUDC/Los libros de la Catarata.

Suárez Fernández, Luis (1987). *Franco y la URSS. La diplomacia secreta (1946-1970)*, Madrid: Rialp.

Thomas, Hugh (1974). *Cuba. La lucha por la libertad, 1762-1970*, Vol. Pt 3 (p.1605). Barcelona: Grijalbo.